EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL SORTEO,

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

LUIS BLANC.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°

1874.

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/elsorteodramaent00blan

EL SORTEO.

EL SORTEO,

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

LUIS BLANC.

Representado por primera vez con gran éxito en el Teatro de Novedades el 27 de Noviembre de 1874.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
AGUSTINA	SRTA. LEON.
MARCELA	SRA. ALONSO.
SR. VALERO, alcalde	SRES. ALBALAT.
SR. IGNACIO	MONTIJANO.
FELIPE	FUENTES.
DON RUPERTO	LEON.
CIRILO	CAMPOS.
UN CENTINELA	RECIO.
JOSÉ	CATALÁN.
COMISIONADO	VALLEJO.
JULIO, niño de 3 años	N. N.
SOLDADO 1.°	POZO.
SOLDADO 2.°	GONZALEZ.

Soldados y pueblo aragonés.

La accion pasa, primero y segundo acto, en un pueblo de la provincia de Zaragoza, el tercero frente al castillo de Aljafería.—En nuestros dias.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada El Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Patio de una casa de labor: derecha lateral, ventana: izquierda, puerta que comunica á las habitaciones: foro, tapia con puerta de dos hojas, tras de la cual se ve otra tapia formando el forillo. En último término montañas practicables.

En rededor del patio abundantes aperos de labor.

Mesa antigua sin tapete, con recado de escribir.

La puerta del foro entornada.

ESCENA PRIMERA.

IGNACIO sentado, y AGUSTINA, saliendo por la puerta lateral, despues FELIPE.

IGNACIO. Almorzó nuestro Felipe?

AGUST. Sí, al momento sale. Está besando á sus hijos.

IGNACIO. De ellos bien merecerá quien como él tanto respeta á sus padres.

AGUST. Buena suerte hemos tenido.

IGNACIO. Nada malo ha podido aprender de nosotros.

AGUST. Esa no es razon bastante para que no pudiese haber sido un calavera, puesto que hijos malos se ven de padres muy honrados.

IGNACIO. Siempre es bueno el ejemplo.

AGUST. Hablas con acierto. Por fin, tambien se han cumplido

mis deseos respecto á su casamiento, porque Marcela no puede ser mujer más perfecta.

IGNACIO. Muy buena debe ser cuando la elogia la suegra, sin que por esto te ofendas.

AGUST. No hay por qué; tienes razon, que son muy claras las madres que armonizan sus hijas políticas.

IGNACIO. De modo, que si no fuese por las contribuciones y tantas gabelas como pesan sobre el labrador, en cuyo esquilmado bolsillo caen tantos y tan diferentes langostas, pronto veríamos mejorar nuestra suerte.

AGUST. Con dos años regulares y un poco de tranquilidad en el país, que permitiera el alivio que necesita el pobre contribuyente, podríamos salir adelante.

IGNACIO. Confiemos en Dios.

FELIPE. (Saliendo y cogiendo uno de los aperos de labrador.) Padres, hasta luégo.

AGUST. Te falta algo, hijo mio?

FELIPE. Nada.

IGNACIO. Te acompaño?

FELIPE. Para qué? Si yo puedo dar vuelta por los jornaleros y preparar el trabajo para mañana!

IGNACIO. Está bien, hijo mio.

FELIPE. Descanse usted, que harto ha trabajado en este mundo, sufriendo los rigores del estío y del invierno.

AGUST. Tienes razon, hijo del alma.

FELIPE. Adios, padres.

IGNACIO. Adios.

AGUST. Adios, hijo, adios. (Sale Felipe foro.)

IGNACIO. Voy á dar una vuelta por la cuadra y á que coman algo los conejos.—Ay? (Haciendo esfuerzos por levantarse.)

AGUST. Dónde vas, sin pedir permiso á tus dolores? Quieto, que ya saldrás más tarde, puesto que la mañana está bastante fresca.

IGNACIO. Paciencia, Agustina. Ya sabes que no me gusta permanecer ocioso; sin ocuparme en algo, no podría yo vivir.

AGUST. Pues no sé cómo á tu edad no has aprendido algo de tanto zángano que vive en España por cuenta de los

demas.

IGNACIO. Como don Ruperto, que tiene veinte mil reales de sueldo para no hacer nada en su vida.

AGUST. Yo creo que hace mucho y muy malo.

IGNACIO. Calla, mala lengua.

AGUST Creo que ese hombre es un perseguidor de mujeres de bien.

IGNACIO. Calla, mala lengua. Es un jubilado.

AGUST. Á quien hoy mantenemos los contribuyentes, y lo que es más, sostenemos el vicio de ese señor, que, hijo de su holganza, acaso sea un perjuicio para los que ayudamos á mantenerlo.

IGNACIO. Tú lo mantienes?

AGUST. De qué le pagan á él, más que de las contribuciones, y sobre quién pesan esas contribuciones?

IGNACIO. Es verdad.

AGUST. Por eso te digo, Ignacio, que acaso mantengamos á un enemigo...

IGNACIO. No sé por qué?

AGUST. Yo sí; sus frecuentes visitas y sus miradas á Marcela...

IGNACIO. Oh, calla por Dios. Ella!...

AGUST. No, ella no; porque es tan virtuosa como la primer mujer del mundo, pero lo que es él...

IGNACIO. Si Felipe se apercibiese...

AGUST. Lo estrangulaba. No quiera Dios. Buen genio tiene mi Felipe.

IGNACIO. Corre por sus venas la sangre de este viejo.

AGUST. Nadie me ha ganado á honrada.

IGNACIO. Por eso has llegado á vieja.

AGUST. El señor alcalde.

IGNACIO. Tio Valero!

ESCENA II.

DICHOS y el SR. VALERO, entrando foro.

VAL. Presente.

AGUST. Siéntese la autoridad. (Acercándole silla.)

VAL. Me sentaré. (Sentándose en medio de los dos.) Los altos negocios de estado me abruman. Esta vara pesa mucho.

AGUST. Si es tan delgada, señor Valero...

VAL. Sin embargo de ser delgada, está muy recta.

AGUST. Vamos, señor Valero, que más de una vez la he visto yo torcida.

VAL. En mi mano?

AGUST. Sí señor.

VAL. Habrán ustedes mirado con la vista atravesada. Señor Ignacio, ahora que estamos solos, cuántos alcaldes ha conocido usted como yo?

IGNACIO. Ninguno.

VAL. Usted es un hombre de razon.

AGUST. El pueblo está contento del alcalde.

VAL. Ya se ve, como que esto es una balsa de aceite.

AGUST. Y casi todas las noches...

IGNACIO. Mala lengua.

VAL. Déjela usted que hable; qué, qué? Vamos á ver, qué?...

AGUST. Ya no desplego los labios.

VAL. Lo manda la autoridad.

AGUST. Pues hablaré. Digo que casi todas las noches hay palos y...

VAL. Nada más que palos. Desahogos populares, sin los cuales habría indigestiones de odios que traerían heridas y muertes.

AGUST. Me gustan los desahogos!

VAL. Pues son necesarios para la buena administracion de mis subordinados. Yo tengo talento.

IGNACIO. Basta que usted lo diga.

AGUST. Basta que lo diga usted.

VAL. Y el pueblo lo conoce; se pegan los que quieren sacudirse, y luégo cada uno se va á su casa, sin molestar al vecindario.

AGUST. De cuando en cuando tambien...

VAL. Basta; no tolero más discusion sobre este punto. Pasemos á hablar de ciertos asuntos importantes. Ya usted sabe cómo están las cosas. (Al Sr. Ignacio.)

IGNACIO. Revueltas.

VAL. Pero cómo, señor Ignacio, hasta semejante punto, que es necesario el talento de Salomon para poder desempeñar brillantemente el puesto de alcalde. La fortuna que yo tengo talento.

IGNACIO. Basta que usted lo diga.

AGUST. Se habrá muerto su abuela.

VAL. Ántes un alcalde era un alcalde.

IGNACIO. Sí señor.

VAL. Era un alcalde.

IGNACIO. Sí señor, era un alcalde, sí señor.

AGUST. Y hoy un alcalde es el señor Valero.

VAL. El tio Valero, señora Agustina, y qué? qué quiere usted decir con eso, vamos á ver, qué? qué?

AGUST. Nada, sino que del señor Valero han hecho un alcalde.

VAL. Afortunadamente para este pueblo y acaso para toda España; porque á estas horas muchos alcaldillos estarán imitando mi proceder, tomándome por modelo.

IGNACIO. De otro modo irían las cosas si abundasen autoridades como el señor Valero; con un brazo...

VAL. Como el mi santo, pero con más talento en la mollera.

IGNACIO. En estas circunstancias...

VAL. Repito que un alcalde debe ser un Salomon; qué de oficios, señor Ignacio! qué de datos nos piden! qué noticias! hasta del tiempo! Es preciso ser, en secano aereonauta, y en las orillas del mar hasta buzo.

AGUST. Bruto ha dicho usted?

VAL. No señora, Buzo de los que bajan al fondo del mar, y con ojos especiales ven todo lo que pasa por debajo del agua.

AGUST. Eso no es gracia, porque yo tambien veo cuanto pasa en el fondo del rio cuando el agua baja clara.

VAL. Me alegro. (Dirigiéndose al Sr. Ignacio.) Tengo que contarle muchas cosas.

IGNACIO. De politica?

AGUST. De lo que yo no entiendo.

VAL. Ni hace falta; las mujeres á la cocina y á hacer calçeta.

AGUST. Y los alcaldes? (Levantándose y dirigiéndose á las habitaciones.)

VAL. Á velar por el reposo público.

IGNACIO. Entremos en materia.

VAL. Voy á dar á usted las últimas noticias. (La señora Agustina vuelve.)

AGUST. Noticias? entónces me siento.

VAL. Hoy se celebra aquí la quinta.

IGNACIO. La quinta?

AGUST. Cómo? qué ha dicho usted? la quinta?

VAL. Pero qué? no sabían ustedes nada! esta gente vive en babia.

IGNACIO. Poco ménos, pues desde que caí enfermo tan gravemente, nada he oido.

AGUST. Nadie nos ha hablado de semejante cosa.

VAL. Efectivamente, con el trabajo que han tenido, no extraño ignoren ustedes que hoy se celebra el sorteo.

IGNACIO. No puede ser.

AGUST. Imposible. Si las quintas se acabaron ya con la última que sacaron por muy extraordinaria.

VAL. Pues la cosa se va haciendo muy ordinaria, hasta el punto de entrar en suerte, solteros, viudos sin hijos y los no casados por lo civil.

IGNACIO. ¡Cielos!

AGUST. Qué ha dicho!

VAL. Lo exige la patria

AGUST. Entrará mi Felipe?

VAL. Lo casó el juez?

IGNACIO. No, pero hace dias tiene corrientes los papeles.

VAL. Como si no los tuviera.

AGUST. No puede ser.

IGNACIO. Imposible.

VAL. Aquí llevo la lista de los infelices que entran en suerte. (Saca un papel del bolsillo y continúa.) Veamos: (Figurando leer.) ya está aquí; Felipe Rozas.

AGUST. ¡Dios mio!

IGNACIO. ¡Jesús!

VAL. No hay duda, y si su número es bajo, como tres y dos son cinco va soldado.

AGUST. Está casado por la Iglesia.

VAL. Como si no.

IGNACIO. Pues entónces, de qué sirven los curas?

VAL. De nada, hombre, de nada; de nada; de algo más sirv. un alcalde. Si se hubiesen casado ante mí serían esposos pero hoy no son más que un hombre y una mujer que viven juntos. (Vuelve á leer.) «Serán sorteados todos los »viudos sin hijos, solteros y casados canónicamente des»de los veintidos á treinta y cinco años.»

AGUST. Eso es horrible.

IGNACIO. Me deja usted parado respecto á los curas.

VAL. Como que no pintan nada, señor Ignacio, vamos nada, nada y nada.

AGUST. Pues nos van á dejar sin hombres?

VAL. Pocos quedaremos, y de bien, tal vez yo solo.

IGNACIO. Pero quién manda esto?

VAL. La ley.

AGUST. Maldi... (Se detiene al ver foro á D. Ruperto.) No me gusta este hombre. (Retirándose derecha lateral espectador.)

ESCENA III.

DICHOS, D. RUPERTO, foro.

RUP. Buenos dias.

VAL. Don Ruperto! (Uf, qué hombre!)

IGNACIO. Dios le guarde y tome asiento.

RUP. Conque hay grandes novedades? (Dirigiéndose al alcalde.)

VAL. Sí señor.

RUP. La autoridad debe estar muy en vela.

VAL. Lo estará.

RUP. Eso espera el vecíndario.

VAL. No espera mal.

RUP. No habrá algun disgusto con el sorteo!

VAL. No lo creo.

RUP. Debía usted responder que no, afirmativamente.

VAL. Pues no lo afirmaré.

RUP. No será usted digna autoridad.

VAL. Don Ruperto, que soy el alcalde..

RUP. Y yo don Ruperto, comandante retirado, administrador que he sido de Hacienda pública, de resguardo, etcétera, etcétera.

VAL. Eso sí, etc., etc. (Haciendo gestos significativos con las manos.)

RUP. Propuesto para altos destinos.

VAL. Y hoy jubilado, por la gracia de Dios y la Constitucion, á pesar de que podía muy bien ganarse el pan que come por cuenta de los demas, es decir, por cuenta de los que pagan...

RUP. Señor Valero! (Con indignacion.)

VAL. Y no quiero continuar.

RUP. Señor Valero, no consiento...

VAL. Pues es necesario consentir. Soy el alcalde; la primera autoridad; la cual asume hoy todos los poderes.

IGNACIO. Señores, no incomodarse.

RUP. No tiene la culpa de sus insolencias, la tengo yo por haberle colocado en situacion de atreverse á ella.

VAL. Usted no me ha votado nunca.

RUP. Pero he influido con el gobernador para que se quedase usted presidiendo el nuevo ayuntamiento.

VAL. Porque es hueso lo han dejado ustedes para mí; si hubiese sido dicho cargo una breva no se la comería el tio Valero.

IGNACIO. Variemos de conversacion.

RUP. Como usted guste.

VAL. Sí, más vale. (Este hombre me llena el saco.)

RUP. Señor Ignacio, segun creo, no está casado su hijo por lo civil.

VAL. (Bastante le importará á él.)

IGNACIO. Un descuido que puede costarnos muy caro.

RUP. Una falta de la ley.

VAL. (Ya está aquí el sabio.)

IGNACIO. Falta que sufrirán los pobres.

RUP. Y los ricos pagando cinco mil reales. (Durante esta escena,

el Sr. Valero hace un cigarro y lo enciende con piedra de chispa y yesca.)

VAL. (Lo dije yo, Salomon.)

IGNACIO. Famosa ley.

RUP. Para mí es una ley como otra cualquiera.

IGNACIO. Ya se conoce que no tiene usted hijos.

VAL. (Vaya una cara la de este hombre para tener hijos.) No se pueden oir ciertas cosas con paciencia. (Dirigiéndose á D. Ruperto.)

RUP. Comprendo que es una medida muy triste, pero necesaria.

VAL. Pues entónces, cómo la mira usted con semejante calma? Diga usted que lo exige la guerra civil y ya será otra cuestion; sin embargo, aún entónces contestaré á usted que pudiera hacerse un llamamiento á las armas sin distincion de gerarquías y sin admitir metálico. Esto sería patriótico.

RUP. Iría usted á la guerra?

VAL. El primero, y mis hijos, mi mujer, y hasta las criadas de mi casa.

RUP. Pues yo no.

VAL. Lo creo, que mientras usted cobra sin hacer nada, dejaría que nos rompiéramos el alma los que pagamos trabajando.

RUP. Señor Valero, es usted un babieca.

VAL. En diciendo las verdades... pero hombre... (Amenazando.)

IGNACIO. (Interviniendo.) Don Ruperto... por qué no han dado una tregua para llevar á cabo los efectos de esa ley, puesto que no negará usted es horrible semejante castigo, no á la desobediencia, sino el abandono, porque sólo abandono ha sido la falta de cumplimiento, al ménos en su mayoría.

VAL. (Á D. Ruperto.) Eso es hablar con cabeza.

RUP. Las leyes son leyes para que se cumplan.

IGNACIO. Ah! Si no faltasen á ellas tantos como debían dar el ejemplo de respetarlas, no andaría el mundo como anda.

VAL. Es la verdad, señor Ignacio; pero la ley es como el embudo, y no sigo, aunque tengo muchas ganas, porque se me irá la lengua.

RUP. Lo creo.

IGNACIO. Siquiera en esa ley hubiesen salvado al ménos á los casados con hijos... porque, señores, es horrible separar á un padre de su familia, dejando sin amparo á los pobres angelitos, y sin amparo quizás para siempre.

RUP. La ley es la ley, señor Ignacio.

VAL. Esa contestacion la da cualquiera.

RUP. Pues creo poseer una inteligencia más clara que la de usted.

VAL. Yo en cambio poseo un corazon más generoso y más leal, si señor, más leal. Será verdad que tiene usted más talento que yo; pero sírvale de gobierno que los labriegos ya vamos conociendo dónde nos aprieta el zapato.

RUP. Es usted un cafre.

VAL. Don Ruperto... (Con cólera y moviendo el baston.)

IGNACIO. (Malvado, cómo le trata.) Señores... (Interponiéndose.)

RUP. Señor Valero...

IGNACIO. Haya paz.

VAL. Si no estuviéramos aquí...

RUP. Cómo?

IGNACIO. (Y si yo hablára...)

ESCENA IV.

DICHOS, FELIPE, foro precipitadamente.

FELIPE. En busca de usted vengo, señor alcalde. Buenos dias, señores; me alegro hallar tambien á don Ruperto. Es cierto lo que escrito está en la puerta de la casa de la villa? Es cierto que se va á levantar en nuestro suelo el fatal tablado para el sorteo, y que acaso mañana mismo salgan los desgraciados á quienes acompañe la mala suerte?

VAL. Es cierto, Felipe.

IGNACIO. Es verdad, hijo mio.

RUP. Como es cierto que usted entra en cántara.

FELIPE. Ya lo sé. (Este hombre me hace daño.)

VAL. Goza en dar malas noticias.

FELIPE. Es decir, que mozos, viudos y casados canónicamente...

IGNACIO. Hijo mio!

FELIPE. Triste abandono, padre mio, abandono, hijo del contínuo trabajo, que al que vive del sudor de su frente apenas deja tiempo para acariciar á sus pequeños. ¿Y usted, don Ruperto, que tiene más inteligencia que nosotros, qué opina respecto á este acontecimiento?

VAL. Como á él no le toca, lo mira con indiferencia.

FELIPE. Lo comprendo.

IGNACIO. Felipe...

FELIPE. El corazon salta del pecho, y la sangre reventar quiere las venas al ver tantas promesas fallidas.

VAL. Como eran humo se evaporaron.

IGNACIO. La guerra civil lo exige así.

FELIPE. Si ésta exige tan grande sacrificio, hagámoslo todos; corramos sin distincion de clases á traer la paz á España; pero no se lleve la perturbacion al seno de unas familias, mientras otras gozan de imperturbable tranquilidad, porque al fin y al cabo todo español tiene el deber de acudir cuando le llame la patria. (Con mucha energía.)

IGNACIO. Felipé...

VAL. Bien, muy bien.

RUP. Muy mal.

VAL. Hoy sí que se va á torcer la vara de la justicia. (Mirando á D. Ruperto y agitando el baston.) Vámonos, señor Ignacio, que ya olvidaba vine á buscarle.

RUP. Yo tambien me retiro, abur. (Saliendo foro.)

VAL. Adios Felipe, y buen ánimo.

FELIPE. No falta, señor Valero.

IGNACIO. Hasta luégo. Consuela á tu madre y á Marcela, y Dios nos amparará. (Salen foro.)

ESCENA V.

FELIPE, despues MARCELA.

FELIPE. Apenas puedo creer lo que veo, ni medir la desgracia que sobre esta casa pesaria, si la suerte me abandona. Mis padres sin amparo; mi esposa sin apoyo; mis hijos huérfanos!... La miseria, el hambre. Cielos! si la suerte no está á mi lado, perderé la razon. Valor me sobra para ir al combate, pero me faltaría para sobrevivir á tanta desgracia!... Podré ver tranquilo el sangriento cuadro que presenta una batalla; pero no podría mirar con resignacion el que presentaría esta familia con mi ausencia. Morir mis padres en la indigencia, de hambre mi esposa, estenuados mis hijos! Dios mio!... aleja de mí pensamientos que al despedazar mi alma desgarran mi corazon. (Sale Marcela lateral.)

MARC. Felipe!

FELIPE. Marcela!

MARC. Ya sabes la noticia?

FELIPE. Pero aún no soy soldado.

MARC. ¿Y si lo fueses?

FELIPE. Confía en la Providencia.

MARC. Hijos de mi alma, qué haríais sin vuestro padre!

FELIPE. No llores, que me matas con el recuerdo de mis hijos.

MARC. Felipe, somos dichosos, y el pensar que tan cerca puede estar la desgracia me quita la vida.

FELIPE. ¿Y mi madre?

MARC. Desesperada.

FELIPE. No la veo, por no hacer más violento su padecer, y corro, digo mal, vuelo á presenciar el sorteo, que comienza al punto; quiero traerte la venturosa noticia de haber salido libre, y al efecto espera tranquila depositando en la Vírgen toda tu confianza. Adios, Marcela. (Sale foro.)

MARC. Adios, Felipe.—No sé qué presentimiento me anuncia una desgracia. Quién había de creer hace pocas horas

que así se turbase la paz que reinaba en esta casa. Es muy bueno Felipe como hijo; excelente como esposo, y sin rival como padre; acaso por esta misma razon nos azote más el destino. ¡Dios perdone mis fatales pensamientos!

ESCENA VI.

MARCELA y D. RUPERTO, foro.

RUP. Ah de casa.

MARC. Don Ruperto.

RUP. Dios te guarde, Marcela. (Está sola.)

MARC. Servidora de usted. (Aproximando una silla.)

RUP. Muchas gracias. Ya veo que en esta casa, como en todas las que hay algun indivíduo sorteable, reina el pesar y el movimiento.

MARC. Quién había de creer que despues de cuatro años de casado y á los treinta de edad, tuviese Felipe que entrar en quinta.

RUP. Lo peor sería que la suerte le diese un número bajo.

MARC. Entónces, no sé qué iba á sucedernos.

RUP. El caso sería grave.

MARC. Quedaríamos expuestos á la miseria, los padres anciano y la hacienda sin tener quien la trabajára.

RUP. No faltaría una mano protectora, y ademas, ¿no podríais reunir los cinco mil reales?

MARC. Ay! no señor; ¿sabe usted cuánto se ha gastado en la enfermedad del padre? pues ha sido mucho, hasta el punto que estamos apremiados por no pagar la contribucion.

RUP. (Me alegro; bien se prepara el terreno.) Lástima que las privaciones rodeen á una mujer tan bonita como usted.

MARC. Muchas gracias, don Ruperto.

RUP. No hay por qué darlas, pero continuemos; siéntese usted.

MARC. Estoy bien.

RUP. Vamos. (Acercándola una silla.)

MARC. Se empeña usted... (Con timidez.)

RUP. Repito que usted no merece pasar trabajos.

MARC. Pues grandes son los que me esperan si Felipe va soldado.

RUP. Acaso pueda usted salvarle.

MARC. Dios mio! qué no haría yo por conseguirlo.

RUP. Me alegro oirla hablar así. Yo fuí casado, y mi esposa murió hace tiempo.

MARC. Bien lo recuerdo; pobre señora, qué buena era.

RUP. Pues bien; dejemos á los buenos con los ángeles, y sigamos, que el tiempo es oro. Conocí á usted y sentí un afecto hácia su persona cual no lo había sentido jamás; pero como era usted casada, no podía llamarla mi esposa.

MARC. Qué dice usted?... (Apartando la silla.)

RUP. Escuche usted, Marcela, sin alarmarse. Fué tal la pasion que en mi pecho se desarrolló y tan grandes sus raíces, que se ha hecho una necesidad en mí verla á usted todos los dias y á todas horas...

MARC. ¿Á dónde va usted á parar, don Ruperto? (Levantándose.)

RUP. Á decirla á usted que la amo con locura.

MARC. Cielos! Si Felipe lo oyera. (Indignada y alejándose.)

RUP. Sí, que la adoro á usted con frenesí, y que si usted accede...

MARC. Don Ruperto, absténgase usted...

RUP. Si accede á mi cariño, aunque el número sea fatal, no irá soldado Felipe.

MARC. Dios mio! Este es el primer síntoma de mi desgracia. (Desesperada.)

RUP. Qué dice usted?

MARC. Que apenas tengo aliento bastante para responderle, porque se ahogan mis palabras en la garganta. Ó guarda usted profundo silencio en adelante, sea cualquiera el porvenir que nos reserve el destino, ó absténgase usted de pisar esta casa, en la cual, si no hay riquezas, se anidan corazones tan hidalgos, que á pesar de ser muy grandes, no pueden contener la honradez que en ellos

se atesora. (Mucha energía.)

RUP. Ved lo que haceis, Marcela.

MARC. Mirad cómo insistís, Don Ruperto.

RUP. Lo pensareis.

MARC. Basta de ignominia, porque si no... (Con la mayor energía.)

ESCENA VII.

DICHOS, CIRILO, entrando foro precipitadamente.

CIRILO. Felipe!... (Llamando.)

MARC. No está en casa, Cirilo.

CIRILO. Dios guarde á usted. (Á D. Ruperto.)

RUP. Hasta luégo. (Saliendo.)

MARC. Vaya usted con Dios.

CIRILO. Qué mala cara tiene este tio.

MARC. Aún son peores sus hechos.

CIRILO. Marcela, siempre lo he dicho!... Ese, ese... no quiero hablar mal; si supieras lo que yo he sabido de él; lo cierto es que no puede ver á los de nuestra clase; nos llama... en fin, nos trata muy mal. Hombre, en cuanto le coja donde yo deseo, le canto las cuarenta.

MARC. Se conoce que tiene un alma...

CIRILO. De Cain. Hace poco se reía en la plaza viendo llorar á las mujeres

MARC. Ha comenzado el sorteo? (Con grande interés.)

CIRILO. Ya está á más de la mitad.

MARC. Salió Felipe? (Alarmada.)

CIRILO. No, Marcela.

MARC. Sí, es verdad, tu tristeza me lo dice. No lo niegues. Habla por Dios, habla.

CIRILO. No, no ha salido Felipe, Marcela; yo... yo he salido sacando el número dos.

MARC. Pobre Cirilo!

CIRILO. Pobres padres mios!... No me atrevo á ir solo á darles tal noticia; mi padre, que sufre hace tantos dias con sus reumáticos dolores, va á morir con este golpe, y mi desgraciada madre no lo resistirá. Luégo, ya ves, soy el

único en la casa que gano el sustento de los tres, y é. cuanto yo tome el fusil mis pobrecicos padres irán á la limosna. Quién lo había de suponer habiendo salido libre de todas las quintas, y despues de tantas... (Mirando al foro.)

MARC. Cirilo!

CIRILO. Maldita guerra civil. (Con desesperacion.)

ESCENA VIII.

DICHOS y el SR. VALERO foro.

VAL. Pues señor, no son para mí ciertas cosas.

MARC. Qué sucede?

CIRILO. Me alegro que llegue usted.

MARC. Salió ya Felipe en el sorteo?

VAL. No, hija, no. (Pobre Marcela.) Hola, Cirilo... Hé aquí una víctima.

CIRILO. Iba buscando al alcalde.

VAL. De cuerpo presente está.

CIRILO. Así lo quiero á usted yo.

VAL. Gracias por la intencion. Pues así me tienes ya; habla y te escucho.

CIRILO. Claro es que me ha de oir.

VAL. Pero ten presente que por no ver lágrimas ni escuchar gemidos he dejado la presidencia al teniente alcalde.

CIRILO. De buena se libra usted.

MARC. Pues qué ocurre?...

VAL. Qué ocurre, eso digo yo, qué ocurre?

CIRILO. Que vamos á hacer astillas el bombo, armando un cisco que dará que sentir al ayuntamiento.

VAL. Caramelo.

CIRILO. Dicho está y se hará.

MARC. Es ya tarde.

VAL. Siempre se rompe la cuerda por lo más delgado. (Marcela mira por la ventana y esclama; mientras el Sr. Valero y Cirilo figuran seguir hablando.)

MARC. No viene, cielo santo, la impaciencia me mata; voy

esperar junto á mi madre; Vírgen María! por mis hijos! (Sale lateral.)

CIRILO. Ademas, usted dice mil veces al dia que aquí representa la primera autoridad.

VAL. Es cierto.

CIRILO. Pues entónces usted responde de todo lo malo.

VAL. Yo no soy más que el encargado de hacer cumplir la ley.

CIRILO. Pero esa ley!...

VAL. Es la exigencia del estado de la patria; conque á callar y adelante.

CIRILO. Eso es, á callar, despues que usted nos ha engañado.

VAL. Yo, jamás.

CIRILO. Lo probaré.

VAL. Te desmentirán mis actos; la ley va conmigo siempre.

CIRILO. Aunque usted jure y no quiera ser culpable, lo es de cuanto está sucediendo, puesto que al empuñar esa vara...

VAL. Que no se torció jamás. (Con mucha intencion.)

CIRILO. Aún me parece que le veo en el balcon de la villa decir al pueblo...

VAL. Cirilo, ten la lengua, que otros han dicho...

CIRILO. Señor Valero!!!...

VAL. Obedecer al que manda.

CIRILO. Pero...

VAL. Se obedece siempre y luégo se apela.

CIRILO. Á quién?

VAL. Á quién, eh, á quién? Á esa pregunta ya es más difícil contestar. Á Poncio Pilatos.

CIRILO. Entónces...

ESCENA IX.

DICHOS, D. RUPERTO, con precipitacion y espanto, dejando la puerta abierta.

RUP. Señor alcalde, ya estalló la tempestad.

CIRILO. Me alegro.

VAL. Qué dice usted?

RUP. Que no sirve para autoridad. Mientras el tio Valero aquí descansa, el pueblo se alborota.

VAL. No tengo yo la culpa.

RUP. Pero tiene el deber de apaciguar á los alborotadores. (Rumor que se aproxima.)

CIRILO. Mírese usted como habla.

RUP. Ya se acercan. (Desde la ventana.)

VAL. Es verdad.

CIRILO. (Desde la ventana.) Aquí, aquí que está el alcalde.

RUP. Qué hace usted? (Empujándole.)

CIRILO. Asómese usted, tio Valero.

VOCES. (Dentro.) Que salga el alcalde, que salga, que salga!

RUP. Retírese usted. (Volviéndole á empujar.)

CIRILO. Como me vuelva á tocar, le salto los sesos de un puñetazo.

RUP. (Ya me lo pagarán, alborotadores.)

VAL. Y qué voy á decirles yo?

RUP. Que se retiren á sus casas, porque si no, la fuerza armada...

VAL. Eso lo dirá usted, pero yo, jamás.

CIRILO. (Á los de abajo.) Bien por el señor alcalde.

VOCES. Bien, bien.

IRILO. Ahora va á hablar.

VOCES. Bravo, bravo, que hable.

VAL. Convecinos: (Desde la ventana, quitándose el sombrero y preparándose para hablar.) No hay más remedio que sufrir los efectos de la ley. Ya veo que es horrible arrancaros de los brazos de vuestras madres, de vuestras esposas y de vuestros hijos.

VOCES. Bien, bien. (Aplausos en la calle.)

VAL. Conozco cuánto padeceis por lo que yo padezco, pues tambien mi hijo ha caido soldado.

VOCES. Es verdad, es verdad.

VAL. Pues bien, compadecedme como á vosotros mismos, y oir los consejos de un padre. El tumulto no evitará el que vayais soldados, el que se *disierte* irá á la Isla de

Cuba, y el que no obedezca me compromete á mí. Tener paciencia, que Dios es justo y no tardará en hacer que luzcan dias de gloria para España.

VOCES. Bien, muy bien! Viva el alcalde, viva!

VAL. Obedecerme y retiraros tranquilos á vuestras casas, que aún podremos salvar la libertad.

VOCES. Bien, bien! Viva el alcalde! Viva España! Viva! la libertad. (Alejándose.)

VAL. Ya ve usted cómo se retiran sin necesidad de hacer uso de las armas. (Con marcada intencion.)

RUP. Pues yo creí que esos cafres...

VAL. Así se juzga al pueblo!

CIRILO. (Estoy por romperle las muelas.) (Amenazándole.)

RUP. (Asomándose por la ventana.) Es verdad, se marchan. (En este momento aparecen en la puerta del foro Ignacio y Felipe; al mismo tiempo aparecen en la lateral Agustina y Marcela, saliéndose al encuentro.)

NACIO. Agustina!
ELIPE. Marcela!
AGUST. Ignacio!
MARC Felipe!
(Se arrojan en los brazos ambos matrimonios con la mayor tristeza.)

RUP. Soldado! (Con satisfaccion.)

OS CUATRO. (Con la mayor desesperacion.) Ah!

CIRILO. (Levantando el puño.) Infame!

VAL. (Alzando la vara sobre D. Ruperto.) Villano! (Telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion con la puerta del foro entornada.

ESCENA PRIMERA.

AGUSTINA y MARCELA.

MARC. Qué va á ser de nosotros, madre mia?...

AGUST. No lo sé! Este golpe me costará la vida.

MARC. Dios da fuerzas segun los trabajos; pero en esta ocasion es imposible que nos las dé tan grandes como las necesitamos.

AGUST. El pequeño alboroto de ayer, que no fué nada, pues sabes lo obedientes que estuvieron á la voz del señor Valero, ha hecho venir tropa, y hoy mismo, segun dicen, se llevan los quintos.

MARC. Madre mia!

AGUST. Hija del alma!

MARC. Por qué Dios hará sufrir á quien tiene la conciencia tranquila!

AGUST. Por qué no protegerá á los buenos!

MARC. Será para probar más la virtud!

AGUST. Hay ciertas pruebas que no se pueden resistir.

MARC. Si yo fuese sola, no me apuraría, trabajaría al lado de ustedes dia y noche, siquiera porque no faltára el pan

para aquellos que el ser le dieron á Felipe; pero con dos hijos, qué puedo hacer yo? Dios mio! pobrecitos de mi alma!

AGUST. Qué buena eres.

ESCENA II.

DICHAS, IGNACIO, foro.

IGNACIO. Basta de desconsuelos. Es preciso hacerse superior á la desgracia, teniendo presente que esta siempre puede ser mayor.

AGUST. Es verdad.

MARC. Tiene usted razon.

IGNACIO. Ánimo y á sufrir con resignacion cuanto suceda.

AGUST. Hay trabajos que no tienen consuelo.

IGNACIO. Los manda Dios y es preciso acatarlos.

AGUST. Parece un castígo cuanto nos pasa y sin haber hecho mal á nadie.

IGNACIO. Qué quieres; este es el mundo. ¿Y los pequeños, Marcela?

MARC. Durmiendo están.

IGNACIO. ¡Pobres criaturas!

AGUST. Angelitos mios!

MARC. Hijos de mis entrañas!

IGNACIO. Vé á dar una vuelta por ellos, mientras hago compañía á tu madre.

MARC. No me marchaba por no dejarla sola con su desesperacion.

IGNACIO. (Pues ahora será ella.)

MARC. Hasta luégo. Ay! Vírgen santísima! (Saliendo lateral.)

ESCENA III.

IGNACIO, AGUSTINA.

IGNACIO. (Dios me dé aliento.) Marcela es un ángel.

AGUST. Con un gran corazon.

IGNACIO. (Cómo principiaré.)

AGUST. Has visto á Felipe?

IGNACIO. No, pero sé que todos los quintos están reunídos en la casa de la villa.

AGUST. Calma has tenido en no llegarte á saber cuándo es la marcha.

IGNACIO. Me entretuve con el Comisionado que ha venido.

AGUST. Comisionado, de qué?

IGNACIO. De la contribucion, mujer.

AGUST. Y qué?

IGNACIO. Nada. (Cómo le diré yo...)

AGUST. Pensaba que en estas circunstancias venía á atropellar...

IGNACIO. Para el Estado todo tiempo es igual. Se cree acreedor y quiere cobrar.

AGUST. Pues ahora bien podía esperar el Gobierno, porque ir en la procesion y repicar no puede ser. Si nos quita los brazos que han de ganar el sustento, cómo hemos de pagar la contribucion?

IGNACIO. El Estado no ve las cosas como tú.

AGUST. Entónces.

IGNACIO. Quiere cobrar.

AGUST. Pagará el que pueda.

IGNACIO. Y al que no pague, le embargarán cuanto tenga.

AGUST. ¡Jesús!

IGNACIO. Ya te he dícho, Agustina, que era preciso mucho ánimo para resistir cuanto pueda llover sobre nosotros.

AGUST. Dios mio! otra desgracia?

IGNACIO. El complemento de la primera. (Viendo abrirse la puerta y aparecer en elln, al foro, la justicia con el Comisionado de contribuciones.)

ESCENA IV.

DICHOS, COMISIONADO y JUSTICIA.

VOZ. (Al forillo.) La justicia.

COM. Se puede pasar?

IGNACIO. Adelante.

AGUST. Vírgen piadosa!

COM. Soy el Comisionado que viene á realizar la contribucion, y encontrándose usted, Ignacio Rozas, adeudando dos trimestres, con más los recargos, si no los hace efectivos al punto, procederé al embargo.

AGUST. Esto más, santo cielo!

IGNACIO. Señor, las malas cosechas, y sobre todo, una larga y penosa enfermedad, no me ha dejado cumplir con el Estado; hoy no puedo disponer de la más insignificante cantidad, y como mañana podré disponer de ménos, puesto que se llevan soldado al padre de mis nietos, proceda usted cuando guste al embargo. Yo creí que aún podríamos pobres viejos llorar nuestra desgracia bajo este techo, pero ya veo que mientras mi hijo esté en el cuartel, nosotros, sin alimento ni abrigo, iremos de puerta en puerta implorando la caridad.

COM. Entónces, comencemos. (Se sienta uno á escribir, y el Comisionado significa dictar cuantos objetos ve. En tanto pasa esta escena muda, en un lado de la escena continúan hablando Ignacio y Agustina.)

AGUST. Ignacio! (Con la mayor desesperacion.)

IGNACIO. Pobre Agustina! cálmate y hazte fuerte, para alentar á tus hijos.

AGUST. Esto es insufrible.

IGNACIO. Esto es horroroso.

AGUST. Nos arrancan al hijo de mis entrañas.

IGNACIO. Nos quitan la sangre de las venas.

AGUST. Se nos llevan hasta los aperos conque pudiéramos ganar un pedazo de pan.

IGNACIO. Y al fin tendremos que abandonar esta morada, donde pensábamos morir rodeados de nuestros hijos y recordando á nuestros padres.

AGUST. Ancianos, sin comer.

IGNACIO. Enfermos y desnudos.

AGUST. Sin techo donde guarecernos.

IGNACIO. Sin apoyo y sin hogar.

AGUST. Justicia de Dios!

IGNACIO. Maldicion sobre los hombres!) (Momento de pausa.)

COM. (Á Ignacio.) Ya hemos terminado en esta habitacion, pasemos á otra. (Mirando á la puerta lateral.)

AGUST. Vírgen del Pilar!

IGNACIO. Allí sólo existen cuatro trastos sin valor, nuestras camas y las cunas de los niños en que se hallan durmiendo los angelitos.

COM. Pasemos. (Se dirigen á la puerta lateral que comunica á las habitaciones, en cuya momento aparece Marcela, lívida por la cólera y desesperacion.)

ESCENA V.

DICHOS, MARCELA, con la mayor energía.

MARC. Adónde van ustedes?

COM. Á continuar el embargo.

MARC. Ya está terminado.

COM. Imposible.

MARC. Pues yo juro á ustedes que de aquí no pasarán; soy la madre de dos niños que duermen en pobres cunas, y á ellas, nadie, nadie llegará mientras que yo tenga aliento.

COM. Señora. En esa pieza hay otros efectos embargables.

MARC. Silencio y atrás, que no comprendo tanta exageracion en el cumplimiento de su deber en las circunstancias porque atraviesa esta familia.

IGNACIO. Señores, por piedad!

AGUST. Misericordia!

MARC. No, padres mios, no rueguen ustedes más. Pobres hijos de mi alma! ya que acaban de arrancarles el sustento llevándose á su padre, no consentiré que les quiten el sueño, único alimento que les queda hasta que el hambre los conduzca al sepulcro, separándolos del regazo de esta desdichada madre, que pronto les seguirá á la tumba.

COM. La justicia... (Queriendo avanzar y deteniéndole Marcela con la accion.)

MARC No es justicia la que falta á todos los deberes de la hu-

manidad. (Avanzando hácia ellos, que retroceden ante lo enérgica actitud de Marcela.)

IGNACIO. Marcela!

MARC. Atrás he dicho, atrás; salid, lo manda la justicia de Dios. (El Comisionado y acompañamiento, confundidos y dominados por la varonil actitud de Marcela, salen foro, hasta cuya puerta llega Marcela arrojándolos. Momento de pausa mientras figura verlos marchar. Entorna la puerta. Vuelve la vista hácia sus padres, que permanecen bajo el peso de la emocion, y Agustina, rompiendo el silencio, abre los brazos y exclama:)

AGUST. Hija mia!

MARC. Madre del alma! (Cayendo en sus brazos.)

IGNACIO. Desgraciadas. (Contemplándolas.)

AGUST. No puedo resistir más. (Desfalleciendo.)

MARC. Llevémosla, padre mio.

IGNACIO. Tan contínuos y tan graves disgustos no son ya para su edad. (Entre los dos conducen á Agustina por la puerta lateral.)

ESCENA VI.

D. RUPERTO, apareciendo foro.

Nadie. Dónde estarán? Felipe soldado. Los quintos saldrán hoy mismo. Acaban de embargar todos estos enseres, y yo soy el depositario... El viento viene por la popa. Ella le ama, pero el amor es tan variable como el tiempo. De cada diez mil mujeres sale una constante. No ha de ser esta Marcela. Aquí viene. Audacia.

ESCENA VII.

D. RUPERTO, MARCELA.

MARC. Ah! Don Ruperto. (Con sorpresa y disgusto.)

RUP. Marcela.

MARC. Supongo recordará usted mi encargo. (Con dignidad.)

RUP. No lo olvido. Sólo vengo por si en algo puedo serla

útil en su nuevo infortunio.

MARC. Muchas gracias.

RUP. Soy el depositario de todos los enseres de esta casa.

MARC. Ménos de los que se encierran allí. (Lateral.)

RUP. No están embargados?

MARC. No lo he consentido.

RUP. Qué no podrán esos ojos.

MARC. Don Ruperto, habré de repetirle...

RUP. ¿Mando yo en mi corazon?

MARC. Si continúa usted, me marcharé.

RUP. No por Dios. Escuche usted su bien.

MARC. Mi perdicion.

RUP. Un sí de su boca, y salva á sus padres, á su esposo y á sus hijos.

MARC. Á costa de mi honra.

RUP. Marcela.

MARC. Mi honor está por cima de la vida de todos. (En este momento aparece Felipe en el forillo entreabriendo la puerta.)

FELIPE. (Esposa querida.)

RUP. Pero...

MARC. Silencio, don Ruperto. Moriré siendo digna de mi esposo.

FELIPE. Bendita seas! (Entrando precipitadamente.)

ESCENA VIII.

DICHOS, FELIPE.

FELIPE. Marcela! (Abrazándola.)

RUP. (Cielos!...) (Apartando la vista.)

MARC. Felipe...

FELIPE. (No le mato...) (Mirando á D. Ruperto con espantosa ira.)

RUP. Si en algo os puedo servir... á vuestra esposa me ofrecía...

FELIPE. Gracias, muchas gracias... caballero... (Con sarcasmo.)

RUP. Soy el depositario.

FELIPE. ¿De qué? (Con sorpresa.)

MARC. Felipe, de nada, de nada... (Qué hombre!)

RUP. De los efectos embargados. (Con satisfaccion.)

FELIPE. ¡¡Embargados!!

MARC. Por qué ha dicho usted una palabra? Sí, Felipe, para pago de la contribucion que adeudamos han embargado hoy en esta casa.

FELIPE. ¡Maldicion! ¡dónde estás, justicia del cielo, cuando ves que no es verdad la justicia de la tierra?

RUP. No desesperarse, y hasta otro rato. (Saliendo foro.)

MARC. Vaya con Dios. (Aborto del infierno.)

FELIPE. El genio del mal. Voy en la calle á hacerlo pedazos. (Dirigiéndose al foro.)

MARC. Por Dios, Felipe; mira tu posicion. (Deteniéndole y cerrando la puerta.)

FELIPE. Escuché sus últimas palabras.

MARC. Despréciálo; ya me conoces.

FELIPE. Es verdad! Llegará un dia!!

MARC. En tanto, no temas, Felipe. Te ofenderías á tí mismo si dudares de tu esposa.

FELIPE. Ya lo sé.

MARC. Ántes muerta, que deshonrada. (Con firmeza.)

FELIPE. Marcela mia! Y los niños?

MARC. Ellos te calmarán; voy á buscarlos; volando vuelvo. (Sale lateral.)

ESCENA IX.

FELIPE.

Sólo faltaba que el dolor que experimento al dejar abandonada mi casa, se agravase viendo el dia de mi marcha embargado aquello que con tanto trabajo hemos adquirido; y si todo no era bastante á aniquilar mi existencia, ha venido á filtrarse en mi corazon el abrasador veneno de los celos. Ella no cederá, pero veo en don Ruperto un villano que ha de solicitarla con mayor insistencia mientras yo esté ausente. ¿Qué más padecer?... Soldado, viendo la muerte delante; hijo, alejado de

aquellos á quienes debo el ser; esposo, separado de mi bien querido y expuesto á perder mi honra; padre, dejando á mis hijos el hambre por recuerdo!... Corazon, salta del pecho, y evita el martirio que me espera.

ESCENA X.

FELIPE y el SR. VALERO.

VAL. ¡Un abrazo, Felipe, y pecho al agua.

FELIPE. No hay otro remedio.

VAL. Voto al chápiro, que vas á ser un gran *melitar*. Con tu buena planta pronto parecerás un veterano, y en tí saldrá cierto lo que decía mi padre, que los españoles á las veinticuatro horas son soldados.

FELIPE. Todo será muy cierto, señor Valero, pero yo no me avengo con la milicia. No porque tenga odio al ejército, que es una honrosa carrera, sino porque en las circunstancias que yo me encuentro, es una verdadera desgracia el ir soldado.

VAL. Es verdad, Felipe. Mi hijo ya es otra cosa; soltero y no deja la casa perdida.

FELIPE. Por fin va José?

VAL. Su madre no quiere; pero él erre que erre.

FELIPE. Lo redimirá usted?

VAL. Si se empeña su madre, empeñará su padre una finca Vamos, y cómo andan las mujeres de esta casa?

FELIPE. Figúrese usted, y si algo faltaba, vino el embargo.

VAL. No te hablaba de tal asunto por evitarte ese disgusto. Ya le dije al Comisionado que ántes rompía la vara que acompañarlo.

FELIPE. Lo creo.

VAL. Pero Marcela ha estado fuerte, no consintiendo pasasen á esas piezas donde dormían tus hijos.

FELIPE. Ha hecho bien.

VAL. Pero muy bien, y si el Comisionado insiste, sale por la ventana, pues los corrillos en la calle ya querían subir á darle un volteo.

FELIPE. Tanto se tira la cuerda...

VAL. Que al fin se rompe; como yo voy á romper esta vara, y podré decir con mucho orgullo que en mis manos la vara de la justicia se hizo pedazos, pero no se dobló jamás.

JULIO. (Desde dentro.) Papá.

FELIPE. Ya vienen mis hijos,

VAL. Pobrecillos. (Sale lateral Marcela con un niño de tres á cuatro años de la mano y en los brazos una niña de mantillas.)

ESCENA XI.

DICHOS, MARCELA, JULIO y despues CIRILO.

FELIPE. Hijos de mi alma!! (Avanzando á su encuentro y besándolos.

MARC. Ah! qué desgraciados van á ser.

VAL. ¿Á que me hacen llorar? No puedo ver estos cuadros, y aún los mira el tal don Ruperto con la sonrisa en los labios.

FELIPE. Mucho valor, Marcela.

MARC. Voy á morir de pena.

FELIPE. Es preciso vivir por nuestros hijos.

VAL. Es verdad; dice bien Felipe. Pobres criaturas!

MARC. ¿Cuándo vais á marchar?

FELIPE. Muy pronto. (Entra Cirilo con morral á la espalda y un palo sobre el hombro sosteniendo un pañuelo atado.)

CIRILO. Ahora mismo.

FELIPE. (Con sorpresa.) Qué dices?

MARC. (Con espanto.) Cirilo!

VAL. Dios mio!

CIRILO. Valor, y sirva entre vosotros de algun consuelo cuanto por mí está pasando y cuanto sucede á otras tantas familias.

VAL. No quiero contaros lástimas por no entristeceros. La villa es un mar de lágrimas, es una desolacion, y tras estas lágrimas viene la miseria más espantosa. No queda quien trabaje las tierras, quien preste apoyo á los ancianos, quien sostenga sus mujeres, quien dé alimento á

sus hijos. Yo al ver tantas desgracias me retiro de alcalde. No quiero ser el conducto por el que pasen leyes que tanto nos hacen sufrir. La guerra civil nos devora. Hasta mejores tiempos me retiro á la vida privada. He dicho.

CIRILO. Y bien dicho, señor Valero; efectivamente, no se puede transitar por la villa, donde ahogan los llantos y los ayes desgarradores de tantas familias.

FELIPE. Esto no tiene nombre.

MARC. No hay consuelo.

VAL. Pues por lo que sucede aquí, calculad lo que estará pasando en toda España, y mucho más en los pueblos invadidos por la guerra civil; en aquellos sí que no habrá más que desear.

CIRILO. La amargura que yo he pasado al despedirme de mis padres ha sido horrible. El pobre viejo, incorporado en la cama, tenía con sus brazos rodeado mi cuello; mi madre cubría de besos mi cabeza que apretaba entre sus manos. Las lágrimas de los dos se confundían con las mias. Sentía palpitar los tres corazones unidos. ¡Hijo de mi alma! decía la que me abrigó en su seno. ¡Hijo de mi corazon! repetía el que me dió el ser; ya no volveremos á verte cuando regreses, si no mueres en un hospital ó en un combate; ya estaremos bajo tierra, víctimas del hambre, porque contigo se va nuestro sustento. (Desesperado y ahogándole la emocion.)

VAL. Cirilo, calma.

CIRILO. (Llorando.) Pobrecicos mios!

FELIPE. Oh! no continúes.

VAL. Consuélate mirando este cuadro.

CIRILO. Es verdad.

FELIPE. Dónde está Dios?

VAL. En el cielo. (Se sienten golpes de corneta.)

MARC. Dios mio! (Lanzándose sobre su esposo.)

JULIO. Papá. (Abrazándose á las rodillas de Felipe. Aparecen lateral Ignacio y Agustina, saliendo precipitadamente y con espanto por haber oido la corneta.)

ESCENA XII.

DICHOS, AGUSTINA, IGNACIO.

AGUST. (Abrazándole.) Hijo de mi alma!

FELIPE. Madre mia!

ACUST. No te veremos más!

FELIPE. Oh! quién sabe!

IGNACIO. Felipe, el cielo te guarde. Marcha tranquilo. Este pobre viejo alentará á tu madre y á tu esposa, y velaré por tus hijos; para ello Dios mantendrá firme mi espíritu.

VAL. No puedo más, me marcho. Si así como dispongo de cuatro guardias armados dispusiera de cien mil, hoy me iba al Norte á terminar tanto sufrimiento. ¡Ira de Dios! (Se dirige al foro, duda al ver la desesperacion de la familia y se detiene manifestando hondo pesar.)

FELIPE. Es fuerza separarnos.

AGUST. No, hijo mio! jamás.

MARC. Quién te separará de nosotras?

IGNACIO. La corneta que le llama.

FELIPE. Sí, llamada es.

CIRILO. Felipe, partamos.

AGUST. Imposible. (Esta separacion rápida y animada, muy animada.)

MARC. Nunca.

FELIPE. Es preciso.

CIRILO. Van á marchar, pasarán lista, nos declararán desertores é iremos á Cuba.

AGUST. Ah! (Durante esta escena el Sr. Valero toma parte desde el foro con la accion.)

MARC. Eso no.

IGNACIO. Pues dejarle.

AGEST. Cielos!

CIRILO. Adios.

FELIPE. Hijos mios, esposa del alma... (Besando á sus hijos y abrazando á su madre y esposa.)

MARC. y AGUST. Felipe! (Sigue sonando la corneta.)

IGNACIO. Cielos!

FELIPE. Adios, adios! (Sale desesperado rápidamente, seguido de Cirilo,

el Sr. Valero é Ignacio, que desaparece cayendo en brazos del alcalde.)

AGUST. y MARC. Ah! (Cayendo en los brazos una de otra.)

JULIO. Papá, papá, papá. (Desde la puerta foro dirigiendo su voz hácia la escalera y volviendo, se acerca á Marcela gritando.) No vuelve, mamá, no vuelve. (Momentos de pausa, en que sólo se sienten los sollozos de ambas. Sale Agustina del éxtasis, exclamando con delirio.)

ESCENA XIII.

AGUSTINA, MARCELA y JULIO.

AGUST. ¿Dónde está? quién se lo lleva? devolvedme á mi hijo, sí, que es mio, devolvédmelo pronto, pronto.

MARC. Madre mia! otra desgracia!

AGUST. ¿Y tú quién eres? mi hijo dónde está? dónde le llevan? Ah! no le tireis, no, que es el hijo de mi alma, mi prenda más querida. (Queriendo ganar la puerta.)

MARC. Madre, madre! (Interponiéndose.)

AGUST. Paso, yo le voy á recobrar, conozco á los... Sí, los conozco; déjame, que tú no sabes quién son, déjame.

MARC. Madre, por los niños.

AGUST. Paso. Nadie se me oponga; ya se lo llevan, soltadle, no, no le tireis, no. Hijo mio! (Gana la puerta, y sale precipitadamente, quedando esta abierta.)

MARC. ¡Vírgen del Pilar! Voy á dejar mis hijos. (Entran lateral y sale rápidamente sin los niños, y al cruzar la escena hácia el foro, aparece D. Ruperto en la puerta que entorna trás sí.)

ESCENA XIV.

D. RUPERTO, MARCELA.

MARC. Yo la seguiré. Ah! (Viendo á D. Ruperto foro.)

RUP. Adónde va usted?

MARC. En pos de mi madre.

RUP. Loca está.

MARC. Por eso necesita mi auxilio.

RUP. Un momento. (Deteniéndola con la accion, avanza y habla con la mayor rapidez.)

MARC. Imposible.

RUP. Todo género de desgracias pesa sobre esta familia, y el no remediarlas falta usted á los ojos de Dios.

MARC. Desvergüenza igual no he visto.

RUP. Insiste usted?

MARC. Hasta la tumba.

RUP. Por su esposo.

MARC. Por mi honra.

RUP. Usted cederá. (Avanzando hácia ella amoroso.)

MARC. Nunca. (Alzando una silla contra D. Ruperto con decision y energía, en cuyo instante se abre la puerta foro y aparece el Sr. Valero, lanzándose sobre D. Ruperto.)

ESCENA XV.

DICHOS, SR. VALERO.

VAL. Miserable!

MARC. Ah!

RUP. Ira de Dios!

VAL. No le mato á usted por no manchar mi honrado nombre.

MARC. Voy en busca de mi madre. (Al Sr. Valero.)

VAL. Se halla en mi casa sin novedad; esté usted tranquila.

MARC. Entónces iré á ver á Felipe.

VAL. No es conveniente, como tampoco lo es el que salga usted de aquí. (Deteniendo á D. Ruperto, que se dirigía hácia la puerta.)

RUP. Qué osadía!

VAL. Marcela, á su aposento. De hoy más mire usted en mí otro padre, y ahora hágame usted el obsequio de retirarse, yo se lo ruego.

MARC. Muchas gracias. (Saliendo lateral.)

ESCENA XVI.

SR. VALERO, D. RUPERTO.

Cierra la puerta el Sr. Valero y se miran durante una corta pausa.

RUP. Quién es usted para detenerme á mí?

VAL. La primera autoridad, y sobre todo, un hombre más digno, más honrado y con más valor.

RUP. Tiro la pistola y sé manejar la espada.

VAL. Y yo volteo un garrote con tanta agilidad, que la pistola, la espada y usted, me servirán para entretenerme un rato.

RUP. Qué pretende usted?

VAL. No tenga miedo el de la espada y la pistola, que sólo quiero dar una leccion al miserable que vestido de caballero, atropella la desgracia; al ladron que en tan solemnes momentos pretende robar la honra de una familia; pero, qué entiende de honra quien nunca la conoció?...

RUP. Señor alcalde, yo...

VAL. Silencio, y sírvale á usted de gobierno, que éste alcalde de monterilla, éste patan que no entiende de leyes, le lleva á usted á un presidio con lo que aquí acabo de presenciar; pero no tema usted, no es el alcalde quien le habla, sino Valero Monreal. Así pues, tenga por entendido, que en cuanto le vea, no sólo en esta casa, sino pasar siquiera por esta calle, le rompo á usted el espinazo. He dicho.

RUP. No puede quedar esto así. Nos veremos.

VAL. Pues ahora añado que como á mi noticia llegue una intriga contra esa pobre mártir, esposa honrada y cariñosa madre, ya no le rompo el espinazo, sino que le divido á usted en dos, en dos jubilados, lo oye usted? en dos jubilados. (Sale foro con aire amenazador, mientras el Señor Valero le acompaña con la mirada y agita el baston.)

ESCENA XVII.

EL SR. VALERO.

Este hombre no tiene presente de lo que somos capaces los aragoneses, y acabará mal; pasa por caballero y es un miserable. Cuántos hay así! Pobre Felipe! Qué desgracia! Despues de haber estudiado cinco años en Madrid, tuvo que abandonar la carrera por falta de recursos, y ahora soldado!

ESCENA XVIII.

VALERO, IGNACIO, despues MARCELA y sus hijos.

IGNACIO. Señor Valero!

VAL. Ánimo, señor Ignacio! ¿Ha visto usted á su esposa?

IGNACIO. Ya sé que está bien en su casa.

VAL. Déjela allí con mi mujer hasta que se lleven á los quintos.

IGNACIO. Van á marchar, y me retiro aquí porque ya no puedo con tanto sufrimiento.

VAL. Desde hace treinta años no había yo sentido tan grande pesar.

IGNACIO. Hace treinta años?

VAL. Sí, cuando la muerte de mi padre.

IGNACIO. Cielos!

VAL. Lo recuerda usted?

IGNACIO. Oh! sí! mucho, mucho!

VAL. Quince años tenía yo entónces, y cuando sucedió tal desgracia, me hallaba fuera del lugar.

IGNACIO. Es cierto: yo era ya un hombre de veintiocho años cumplidos.

VAL. Si me hubiese hallado tan cerca del sitio donde mataron á mi padre, como usted se encontró... aunque era un chiquillo... (Con la mayor amargura.)

IGNACIO. (Pobre Valero!) Yo... yo .. no pude hacer nada. Ya se lo he contado más de una vez; la noche era negra como la tempestad, que á torrentes lanzaba el agua; al grito de socorro acudí y... (Cielos!)

VAL. Continúe usted, que hallo consuelo.

IGNACIO. Cayó al suelo el desgraciado, y el asesino huyó dejando...

VAL. (Con prontitud.) Qué dejó?

IGNACIO. (Calla, lengua.) Nada, hombre, nada, las huellas del dolor... (y unas prendas que guardo en el sitio más oculto de mi casa.)

VAL. Moriré sin saber quién fué el ladron y el asesino de mi padre.

IGNACIO. Los crímenes se descubren cuando ménos se piensan. (Suena la corneta y los dos manifiestan su sentimiento.)

VAL. La corneta!

IGNACIO. Llegó el momento de partir. Marcha José?

VAL. Hasta que yo pase á Zaragoza á redimirle...

IGNACIO. Por eso están ustedes tranquilos.

VAL. Confie usted en la Providencia. (Sale Marcela por lateral con sus dos hijos y presa del dolor.)

MARC. ¡Padre mio! Señor Valero, y mi madre?

IGNACIO. Está bien: descansa. (Se oye rumor.)

MARC. La corneta y ese rumor me dicen que van á marchar; déjeme usted ir á darle el último adios.

IGNACIO. Bastante ha sufrido aquí. (Interponiéndose entre Marcela y la puerta.)

MARC. La corneta se acerca.

VAL. Ya se ven. (Asomándose por la ventana.)

IGNACIO. No saldrás. (Cerrando la puerta del foro.)

MARC. Le veré por la ventana.

VAL. Déjela usted ese consuelo.

IGNACIO. Ten juicio. No aumentes su dolor. (Marcela corre á la ventana.)

VAL. Resignacion.

MARC. Ya le veo. (Entrega la niña á su padre y levanta á Julio sobre el antepecho de la ventana. Se siente la corneta que toca marcha.) Mírale, hijo mio, mírale.

VÓCES. (Dentro.) Adios, adios. (Se oye ademas de la corneta el rumor consiguiente á la despedida de los quintos.)

JULIO. Papá, papá!

IGNACIO y VAL. Felipe, adios, adios.

MARC. Esposo mio! (Perdiendo el sentido cae sobre el brazo derecho del señor Ignacio, que con el izquierdo sostiene al mismo tiempo á la niña, mientras el señor Valero coge de la mano á Julio.)

VAL. Ánimo, por Dios!

JULIO. Mamá, mamá.

IGNACIO. ¡¡Ser Supremo, compasion!!

Al perder el sentido Marcela, los quintos que figuran haber pasado baja la ventana, conducidos por los soldados, asoman en la montaña del foro y la cruzan precedidos de Felipe, Cirilo y el corneta, que á la cabeza de todos continúa tocando marcha.

Entre los quintos se ven cruzar tambien mujeres del pueblo que manifiestan su desesperacion y llevan los pañuelos á los ojos.

El telon descenderá con lentitud, á fin de que el espectador vea el cruzar de los quintos por la montaña, pero debe terminar el descenso ántes que los últimos aparezcan en ella.

Mientras desciende el telon, los actores en escena conservarán el cuadro de sentimiento en que se han colocado.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Campo extenso. Al foro, izquierda, cuartel que ocupe al ménos la mitad y que figure el castillo Aljafería de Zaragoza. Último término, y junto á la puerta, garita de costado al espectador; junto á la misma el Centinela. Derecha lateral, último término la puerta de una cantina.

ESCENA PRIMERA.

FELIPE y CIRILO, vestidos de soldados.

FELIPE. Quién hubiera pensado vernos así, Cirilo, y que á nuestra edad habíamos de aprender el ejercicio vestidos de soldados.

CIRILO. Mira que ayer estuve á punto de romper las mandíbulas á aquel... (Mirando con recelo en todas direcciones.)

FELIPE. Si en nuestro pueblo se me hubiese mirado el otro que tú sabes, como esta mañana...

CIRILO. Paciencia. En el servicio no sirve el genio, calma y resignacion.

FELIPE. Ante la ordenanza callan los valientes.

CIRILO. Pero á veces los hombres se pierden por el carácter otros hombres.

EELIPE. Cada dia me parece más horrible esta quinta.

CIRILO. Si hubiéramos de decir cuanto se nos ocurre sobre el...

FELIPE. Tampoco nos lo permitirían, de consiguiente callemos. (Mirando en derredor.)

CIRILO. Y dirán que Dios es justo!

FELIPE. Si tuvieses hijos, á pesar de todo no dudarías de la Providencia!

CIRILO. Tienes razon; pero es lo cierto que nosotros, que honradamente manteníamos con nuestro trabajo dos familias, estamos sufriendo lejos de ellas, mientras que en la villa hay quien campa y goza á costa de los demas, como don Ruperto; di, eso es justo?

FELIPE. Ah! Don Ruperto! (Cayendo en abatimiento.) fatídico nombre que despierta los pensamientos que me acompañan hasta en el sueño. Si ella me faltára. No... no puede ser. Entónces, qué me quedaba! Dios piadoso, no me hagas recorrer todo el martirio!

CIRILO. Ea, Felipe, no te entregues á la cavilacion; (Corneta dentro del cuartel.) oye, nos llaman al ejercicio. Vamos á hacer lo que los reclutas; uno, dos; uno, dos. (Marcando el paso.)

FELIPE. Tienes razon, vamos á aprender la más fácil manera de matar á nuestros semejantes.

CIRILO. Entre tanto el arado y la azada cubiertos de polvo.

FELIPE. La agricultura muerta; el comercio espirando; las artes en el sepulcro y nuestras familias muriéndose de hambre.

CIRILO. Maldita guerra civil!

FELIPE. Pobre España. (Cayendo de nuevo en el abatimiento.)

CIRILO. Qué, ya vuelves á tus recuerdos; vamos y te distraerás con los compañeros.

FELIPE. Marcha, Cirilo, que ya te sigo.

CIRILO. Siempre meditabundo; pobre Felipe. (Se interna en el cuartel llevando el paso.)

ESCENA II.

FELIPE.

Está visto, la suerte me es tan adversa, que para resistir sus efectos necesito las fuerzas de un jigante. (Saca un

papel del bolsillo, y le mira significando un gran pesar.) Maldito papel que abrasa mis manos y calcina mi corazon, y mil veces maldito tambien el miserable que lo ha escrito, anónimo que ha puesto la cornisa al edificio de mi pesar. Ella la manceba de don Ruperto; se rindió al fin la fortaleza, y en la rendicion se perdió mi honra para siempre. (Transicion.) No, para siempre no, si tengo valor para matar á los dos. Entónces el mundo me volverá esa honra... pero es la madre de mis hijos, hijos del alma! mis hijos, Dios de piedad: mis hijos! (Se dirige al cuartel.)

ESCENA III.

EL SR. VALERO y el CENTINELA.

VAL. ¡Eh, *Melitar, melitar*! (Á Felipe, que entra en el cuartel, reconcentrado en sí mismo, sin reparar en el Sr. Valero.) No responde. Sin duda es sordo. Estas son las consecuencias de haber declarado soldados hasta los mudos. Adelante con los faroles; queda el Centinela; preguntaremos, y por si es sordo, gritaré. Centinela...

CENT. Atrás.

VAL. (Este no es sordo) Diga usted...

CENT. Atrás.

VAL. Si no voy á pasar, hombre.

CENT. Atrás he dicho.

VAL. Dale bola. ¿Me quiere usted *dictr* si están alojados en ese cuartel los viudos sin hijos, los casados por los curas y los solteros del colmillo retorcido?

CENT. Atrás he dicho, y atrás.

VAL. (Este no es sordo, pero es muy bruto.) Una sola palabra, contésteme, señor *soldao*.

CENT. No puedo hablar con los paisanos.

VAL. Me gusta! Éste sin duda habrá nacido ya *melitar*. Toma, si es... ya lo creo... pues... claro... el mismo... Sí señor... el chico del tio Roque, *Sabastianico, Sabastian, Sabastian*... (Queriendo ir hácia él lleno de gozo.)

CENT. Alto ú le hago fuego. (Preparándose.)

VAL. *Sabastian*, soy yo, el alcalde, el tio Valero. Dime, está ahí dentro mi hijo José?

CENT. Atrás, ó disparo. (Apuntándole.)

VAL. (¡Qué bárbaro! me llama paisano, me desconoce y hasta me apunta; pues este mozo á los dos meses de soldado es capaz de pegar un tiro á su mismo padre. Voy á ver si por otra puerta encuentro quien me dé razon de José; pero si todos me conocen como este beduino, en cuanto termine las diligencias, dentro de una carta le enviaré la absoluta. Aquí tambien estarán Felipe y Cirilo, pobrecillos!) Señor Centinela... (Dirigiéndose al foro.,

CENT. Atrás he dicho.

VAL. Abur, *melitar*; pronto has olvidado que has salido del pueblo, y al pueblo tienes que volver, si no te rompen el bautismo.

CENT. Silencio, paisano. (Al desaparecer de la escena el Sr. Valero) se detiene viendo á varios soldados, mujeres y paisanos, que salen de la cantina, con guitarras y bandurrias, y que segun indica el diálogo, se dirigen al proscenio, hácia donde vuelve el señor Valero. Los tañedores sacan las sillas de la cantina.)

ESCENA IV.

SOLDADOS, MUJERES DEL PUEBLO y el SR. VALERO.

SOLD. 1.° Salgamos, que ahí dentro no hay sitio.

SOLD. 2.° Á bailar.

TODOS. Á cantar.

VAL. (Aproximándose.) (Ya tengo á quién preguntar.) (Se acerca á uno de los soldados, y figura hablar mirando al cuartel.)

SOLD. 1.° Conque bailamos, ó qué?

SOLD. 2.° Ahora mismo. (Se sientan los tañedores.)

VAL. Así se matan las penas, muchachos; con alegría.

SOLD. 1.° Música y al avio.

SOLD. 2.° Qué ha de ser.

VAL. Una jota que resucite á los muertos. (Tocan guitarras y bandurrias.)

TODOS. Bien, muy bien.

VAL. Ande el movimiento, pero con mucho aquel. (Comienza el baile, y mientras el Sr. Valero continúa.) Viva *tóo* lo grande y el salero de mi tierra; y haber quién suelta una cancion por su madre.

UNO. (Canta.) Pide madre por tu hijo
á la Vírgen del Pilar;
reza para que los quintos
volvamos á nuestro hogar.

—

(Cesa el baile entre bravos y aplausos.)

VAL. Muy retebien. Os habeis lucido.

SOLD. 1.° Ahora cantaremos una malagueña.

VAL. Me gusta la idea: precisamente en cuanto yo veo una andaluza. . en cuanto la veo... No quiero decir lo que me pasa, ni lo quiero pensar. Venga esa malagueña, pero muy pronto, que la pido con mucha necesidad. (Toma un soldado ó una mujer la guitarra, y canta.)

Ay! qué penilla es vivir
en España en este siglo,
donde tantas madres lloran
la pérdida de sus hijos.

—

Ampáranos, Vírgen santa,
no nos dejes, San Antonio,
que se quedan las mujeres
sin maridos y sin novios.

—

TODOS. Bien, muy bien.

VAL. Pero muy bien; así me gusta á mí la gente; y ya que no puedo acompañarles á tomar unas copillas, bébanlas á mi salud. (Alargándoles una moneda.)

SOLD. 1.° Muchas gracias. Brindaremos por usted.

VAL. Por la vuelta á vuestros hogares sin avería, para ser útiles á vuestras familias, por la patria y por la libertad. (Con mucho entusiasmo y levantando el sombrero.)

TODOS. Bravo! Bravo!

SOLD. 2.° Vaya usted con Dios. (Soldados, mujeres y paisanos, se internan alegremente en la cantina, llevándose las sillas; y el señor Valero sale por el foro.)

TODOS. Adios, adios.

ESCENA V.

CENTINELA y JOSÉ, asomado á una ventana del cuartel.

CENT. (Parodiando cantar.)

Nos dijeron en España
que no habría más sorteos...
y ahora quintan.....
.....

—

JOSE. No estaría mal esa cancion.

CENT. Si la acabo te gustará más.

JOSE. No sigas, que en ese sitio no se permite cantar.

CENT. Basta que tú lo digas; ¿no han *cantao* los demas?

JOSE. Pues canta otra vez y que te oiga algun jefe.

CENT. Lo mismo le importará á él que á *tú*.

JOSE. Pronto has olvidado lo que nos leen todos los dias.

CENT. Yo me atengo á la *consiña*, y en la *consiña* lo que *man dicho* es, que no tenga *convesacion* con *naide*; conque largo de ahí.

JOSE. Algo más que conversacion eran los gritos de hace un momento; ¿qué te pasaba, hombre?

CENT. *Ahura, ahura* que *macuerdo*, esos gritos eran á tu padre.

JOSE. Qué, ha venido?

CENT. Ya lo creo, y si se *descudia*, le pego un tiro.

JOSE. Bárbaro, pues qué te ha hecho?

CENT. Y á *tú* tambien te lo voy á pegar si andas con *gromas*.

JOSE. Pero qué quería mi padre?

CENT. Qué había de querer? verte.

JOSE. Haber llamado al cabo de guardia para que me avisasen.

CENT. No me ha *dao* la gana.

JOSE. Bruto. (Retirándose de la ventana.)

CENT. Á que te pego un tiro. (Preparándose mirando á la ventana.)

Pues si llegas á sacar otra vez la *cabeciquia*, de fijo que le acierto. Sácala!...

ESCENA VI.

MARCELA, apareciendo lateral derecha en primer término.

Este el castillo de Aljafería. Aquí estará el cuartel: gracias á Dios que llegué; la Vírgen me proteja para alejar de Felipe los horribles pensamientos que en él se han desarrollado respecto de mi conducta. Mucho debe sufrir su corazon cuando me ha escrito una carta en tal forma que me obliga á presentarme á él. Tambien comprendo cuán grande será su dolor separado de sus hijos; pues en las pocas horas que no los veo parece que hasta el aire me falta para respirar. Sentirá que no los haya traido, pero era imposible. Cielos! (Mirando izquierda.) Don Ruperto! Aquí viene. Mi serable! que no me vea. (Desapareciendo lateral derecha.)

ESCENA VII.

D. PUPERTO, entrando en escena.

Aquí llegará ella; este cuartel es su reclamo; el anónimo ha sido la bomba lanzada en el matrimonio, hasta el punto de efectuar este viaje, que tanto se presta á mis intentos. Sola, sin sus hijos, abandonada por su marido, como espero verla, lejos de sus padres, oh! no hay duda, ahora ó nunca. Situacion como esta no ha de presentarse jamás. Confirmemos esta esperanza repasando mi obra. (Saca un papel del bolsillo.) Dice así el anónimo: «Felipe, tu mujer es al fin amante de don Ruperto; cedió ante el hambre de sus hijos; con el favor de don »Ruperto sostiene á los padres, que por miedo á la mi»seria lo consienten todo.» (Mientras lee las últimas palabras Felipe sale del cuartel preocupado.)

ESCENA VIII.

D. RUPERTO, FELIPE.

FELIPE. Cielos! no me engaño, es él. (Avanzando hácia D. Ruperto, que figura seguir leyendo. El centinela se interna en la garita, desapareciendo á la vista del espectador.)

RUP. «Todo, razon por la que...»

FELIPE. (Llegando á D. Ruperto.) Miserable!

RUP. Felipe. (Ocultando el papel con precipitacion.)

FELIPE. Qué oculta usted?

RUP. Lo que nada le importa.

FELIPE. El infierno le trae á mi presencia.

RUP. (Ira de Dios.) (Bajando la mirada.)

FELIPE. (Baja la vista!) Villano!...

RUP. Repórtese usted y en otra parte hablaremos.

FELIPE. Hablaremos aquí mismo, porque no puedo alejarme del cuartel, y el sitio solitario á ello se presta. Hablaremos, porque no he de retardar un segundo la venganza de su ofensa.

RUP. Yo no le ofendo, y si se propasa llamaré al centinela.

FELIPE. Entónces mi bayoneta desgarrará su pecho, como usted ha desgarrado mi corazon.

RUP. Felipe...

FELIPE. Yo era feliz con el amor de mi esposa, dichoso con el cariño de mis padres y afortunado con las caricias de mis hijos. La patria me llamó á las armas y dejé bajo humilde y honrado techo á mis objetos más sagrados. Desde aquella pobre vivienda se elevaban todos los dias plegarias al Supremo, pidiendo la vuelta del que ausente lloraba su infortunio, como desde el modesto nido las parleras aves, saludando el nuevo dia, elevan sus trinos hasta el trono del Señor.

RUP. ¡Y bien! (Entre iracundo y avergonzado.)

FELIPE. Pero así como el gavilan tiende sus alas y en la negra sombra destruye el nido de inocentes seres, un infame ladron penetró en el sagrario de mi dicha y me robó lo

que formaba la existencia mia.

RUP. Cielos! (Yo mismo me he perdido.)

FELIPE. Cadáver ya, abandono el sepulcro un solo instante para vengar mi muerte. (Felipe sujeta á D. Ruperto por la muñeca.)

RUP. Basta, dejadme.

FELIPE. En el sepulcro. (Alzando sobre él la bayoneta.)

RUP. Ah! (Llevando la mano al bolsillo interior de su gaban.)

VAL. (Desde dentro.) Detente, soldado!! (Apareciendo rápido en escena, primer término derecha.)

FELIPE. Dios mio! (Envainando el arma.)

RUP. Me salvé.

ESCENA IX.

DICHOS y el SR. VALERO.

VAL. Felipe! eras tú? (Abrazándole.)

FELIPE. Señor Valero...

RUP. Daré parte de este atentado.

FELIPE. Por qué no ha dejado usted que lo mate?

VAL. Yo seré testigo en contra de ese parte. Y calle usted si estima su pellejo.

RUP. (Canallas.)

VAL. Márchese, honrado caballero.

RUP. (Con energía.) Señor Valero...

FELIPE. Salga pronto de mi presencia... porque no respondo..

VAL. Largo, largo.

RUP. (Me vengaré.) (Al retirarse D. Ruperto, Felipe quiere ir hácia él.)

VAL. (Deteniéndole.) Calma por Dios, Felipe; por tus hijos, por tu mujer.

FELIPE. ¡Por ella! por ella desertaré, por ella seré asesino, por ella, que no ha sabido guardar mi honra.

VAL. Muchacho, tú estás loco; quién te ha contado ese cuento?

FELIPE. No debo guardar secretos para con quien tanto cariño me ha demostrado siempre; lea usted ese papel. (Entregándole el anónimo.)

VAL. Leamos.

FELIPE. No hay más remedio, lo mato y deserto despues; su actitud, su temblor, me dicen que el anónimo es verdad.

VAL. (Cesando de leer.) Es falso cuanto encierra ese papel, y con tu buena cabeza no has debido creer semejante calumnia. Sólo faltaba á la pobre un disgusto por esta infamia.

FELIPE. Ya se lo he dado por escrito.

VAL. Qué has hecho? conoces á tu esposa? Si en el pueblo supiesen esa ofensa, te odiaban todos. Marcela calumniada! cuando es en la villa modelo de honradez.

FELIPE. Dios mio!

VAL. Escribe inmediatamente arrepentido de haber dudado de aquella mártir, y no ofendas al señor Ignacio, porque nunca pudiste imaginar guarda más fiel de su honra, y de tu honra.

FELIPE. Gracias, señor Valero, me vuelve usted la vida.

VAL. Ese papel lo ha escrito el mismo don Ruperto.

FELIPE. Por eso temblaba y yo lo atribuía...

VAL. Claro, hombre, claro, los celos ofuscan por completo el entendimiento.

FELIPE. Hasta el extremo de no haberme dejado preguntar por mis hijos.

VAL. Dios ha echado sobre ellos la bendicion. Rollizos y más vivos que el pensamiento.

FELIPE. Hijos mios!

VAL. Pues ¿y tu padre? El señor Ignacio parece un roble; y la otra tarde venía del campo enseñándole patrióticas á á Julio y los dos entraban cantando en el pueblo. Pero ahora que me acuerdo, ¿cuándo podré ver á José? ¡Ya me han dicho que está bueno!

FELIPE. Y descontento porque le redime usted.

VAL. Lo quiere así su madre.

FELIPE. Luégo podrá usted verle.

VAL. En tanto terminaré las diligencias para llevármelo mañana. Observo que eres cabo primero.

FELIPE. Y muy pronto sargento.

VAL. Á ese paso para nochebuena general..

FELIPE. No deseo más que verme en el seno de la familia.

VAL. Confía en la Providencia. Tú eres bueno y no te abandonará; (Abrazándole.) y sobre todo cuidado con dar malos ratos á Marcela; es un ángel; mira que te lo juro; hasta luégo. (Desapareciendo lateral izquierda primer término.)

FELIPE. Adios, señor Valero.

ESCENA X.

FELIPE.

Al evitar un crímen que hubiera hecho mi eterna desgracia, el señor Valero ha vuelto la paz á mi corazon. Dichoso José. Ay! qué desgracia tan grande es el no tener recursos. Qué pocas veces radía el sol con todo su esplendor para los que son pobres! Volvamos al cuartel; en todas partes me encuentro mal. (Al dar la vuelta para dirigirse al cuartel, ve á Marcela, que viene y entra segundo término lateral derecha.)

ESCENA XI.

FELIPE y MARCELA.

FELIPE. Ah! qué veo!

MARC. Felipe! (Arrojándose en sus brazos.)

FELIPE. Marcela, qué ocurre? tú por aquí?

MARC. Aún lo preguntas, despues de haber escrito tu última carta?

FELIPE. Es decir ..

MARC. Que con ella has sembrado el dolor en la familia; tu madre lloraba como un niño, tu padre furioso quería venir á tratarte en serio, y por último, resolvimos hiciera yo el viaje sola, digo mal, acompañada de mi honra, que permite presentarme con la cabeza muy levantada ante mi esposo, para que jamás vuelva á ofender á su mujer ni á sus padres, que estiman más el honor que la vida.

FELIPE. Marcela! perdonadme todos. Si supiérais cómo devora el corazon la llama de los celos me compadeceríais.

MARC. Á fin de evitarnos á todos nuevos disgustos, no olvides aquellas palabras que te dije el dia de tu marcha: «ántes muerta que deshonrada.» y puesto que existo. .

FELIPE. Para mi ventura, Marcela mia, para bien de nuestros hijos vive y olvidando este incidente, ocupémonos de ellos.

MARC. Mucho he sentido en no poderlos traer conmigo. (Suena la corneta en el cuartel.)

FELIPE. Como yo siento ahora no poder oir hablar de mis prendas queridas, pues esa corneta me llama al cuartel; pero saldré volando con el permiso de mis jefes para no dejarte hasta que mañana regreses á casa.

MARC. Espero aquí mismo?...

FELIPE. Sin alejarte un paso, por Dios, no te separes, que al punto me tendrás á tu lado. (Marchando hácia el cuartel, hasta cuya puerta le acompaña Marcela.)

MARC. Adios, Felipe.

FELIPE. Adios. (Internándose.)

ESCENA XII.

MARCELA.

Qué bien le sienta el traje de soldado! Dios conserve su vida y lo devuelva pronto al seno de su familia, que no podemos vivir sin él. Al fin he conseguido volver el reposo á su alma; pero si no le viese padecer tanto por otros motivos, no le perdonaria la ofensa de su mal pensar. Yo olvidar la fe jurada, yo faltar á mis deberes! Don Ruperto! (Con la mayor sorpresa, viéndole aparecer foro derecha.) Ahora es imposible alejarme. He de esperar á Felipe, y si él saliese...

ESCENA XIII.

MARCELA y D. RUPERTO.

RUP. Marcela! Marcela! (Aproximándose cariñoso.)

MARC. Déjeme usted en paz y siga su camino.

RUP. Llegué al final. (Este diálogo muy animado.)

MARC. Mi esposo saldrá al momento.

RUP. Así podrá verme cerca de usted. (Con el mayor cinismo.)

MARC. Y lo matará.

RUP. No es muy fácil.

MARC. Lo será.

RUP. Sígame usted, salva á su familia y partimos á lejanas tierras.

MARC. Soy de mi esposo y de mis hijos.

RUP. Marcela! (Intentando cogerle la mano.)

MARC. Atrás ó grito (Dirigiéndose al cuartel.)

RUP. Os perdeis. (Deteniéndola.)

MARC. (Luchando.) Cielos!

RUP. El infierno lo quiere! mia será usted. (Asiéndola del brazo.)

MARC. Jamás! Centi... (D Ruperto ahoga su voz poniendo la mano derecha sobre sus labios, mientras con la izquierda procura arrastrar á Marcela hácia la derecha del actor en primer término, por cuyo punto, en este momento, entra precipitadamente el Señor Ignacio, lanzándose en medio de ambos y arrojando á D. Ruperto lejos de Marcela.)

ESCENA XIV.

DICHOS, el SR. IGNACIO, despues FELIPE.

RUP. Ah!

IGNACIO. Miserable!

MARC. Padre mio! (Abrazándole.)

RUP. (Suerte fatal!)

IGNACIO. Bien sospeché yo que había usted salido de la villa en perseguimiento de Marcela; por esa razon corrí en su auxilio, llegando á tiempo para confundir al ratero sin conciencia y sin honor, á cuyo fin traigo armas invencibles.

RUP. Señor Ignacio, detenga su lengua, porque si no... (Amenazador.)

MARC. Padre! (Interponiéndose entre ambos.)

IGNACIO. Aún quiere el reptil alzar la cabeza? No le detiene la

idea de un nuevo crímen. Basta pues de tolerancia. Salga de mi pecho el secreto que tantos años en él se halló encerrado. (Felipe sale del cuartel y se dirige precipitadamente hasta el proscenio.)

FELIPE. ¡Mi padre!

IGNACIO. Hijo mio!

FELIPE. Este villano... (Amenazador.)

MARC. (Deteniéndole.) Felipe...

IGNACIO. (Á Felipe.) Calla y escucha.

RUP. (Qué será esto?)

IGNACIO. Al ver que ese ser es un ser perdido, azote de la humanidad, al ver que el tiempo no ha hecho del criminal un hombre de bien, ha llegado el momento en que yo le arranque la máscara con que se cubre.

RUP. (Con desprecio.) Está usted loco?

IGNACIO. Eso quisiera don Ruperto, para que no pudiera repetir ante los tribunales de justicia lo que ahora diré aquí muy alto. Ese, ese es un ladron y un asesino!

RUP. (Iracundo.) ¡Vive Dios!

IGNACIO. Ese es el que hace treinta años robó y mató al padre del señor Valero!

FELIPE y MARCELA. (Horrorizados.) Ah!

RUP. Calumniador! (Tira del puñal y se lanza sobre el Sr. Ignacio, pero Marcela, rápida, se interpone entre el pecho del Sr. Ignacio y el puñal del asesino, á tiempo que Felipe, sacando un revolver del bolsillo del pantalon, apunta á D. Ruperto, deteniendo su brazo levantado sobre su esposa y su padre. Mucha precision.)

FELIPE. Alto, ó le mato. (En este instante aparece el Sr. Valero, foro derecha.)

IGNACIO. Mira el hijo de tu víctima!

RUP. (Soy perdido!) (Con furor y desesperacion.)

IGNACIO. De rodillas, que lo manda Dios!

RUP. Oh! nunca!

ESCENA XV.

DICHOS, el SR. VALERO.

IGNACIO. Señor Valero, ahí tiene usted al asesino de su padre.

VAL. ¡Cielo santo! (Queriéndose lanzar á el, y detenido por Ignacio y Felipe.)

RUP. (Á Ignacio.) Cobarde, calumniador! Las pruebas, las pruebas, pronto.

IGNACIO. Las traje conmigo porque presumía llegase la hora de hacer uso de ellas, despues de treinta años ocultas en lo más recóndito de mi casa.

RUP. Mientes.

IGNACIO. Aquí están. (Sacando de su bolsillo un pañuelo blanco teñido en sangre y una cartera.)

VAL. ¡Un pañuelo teñido en sangre!

RUP. ¡Oh! (Con marcado abatimiento dejando caer el puñal.)

IGNACIO. Sí, en sangre de vuestro padre; pañuelo que recogí sobre su cadáver, y un poco más allá esta cartera que encierra los justificantes.

VAL. Le voy á matar. (Desesperado.)

IGNACIO. No; la ley le castigará. (Deteniendo todos al Sr. Valero.)

VAL. Asesino, preso en nombre de la ley. (Saca su gran pañuelo de la faja y se dirige á atarlo; pero D. Ruperto, saliendo de su abatimiento, se resiste.)

RUP. No, no.

VAL. Cómo que no? (El Sr. Valero se lanza sobre D. Ruperto, que intenta defenderse, pero sujetándole por el cuello le empuja y arrastra hácia el cuartel, mientras que Felipe sigue apuntando á la cabeza con el revolver.)

FELIPE. Al cuartel.

VAL. Ó al cementerio. Miserable!

RUP. Vive Dios! (Ejecútese esta escena con rapidez y animacion, y lo mismo hasta el final de la obra, llegando á él precipitadamente.)

VAL. Aquí la guardia. (Al llegar cerca del cuartel.)

CENT. Cabo de guardia. (Saliendo de la garita y llamando. Salen

soldados á la puerta y todos juntos se internan en el cuartel, simulando culatazos á D. Ruperto, comenzando el Centinela.)

MARC. Parece un sueño lo que está pasando.

IGNACIO. Dios me perdone por haber guardado este secreto tantos años; mi conciencia me ha impulsado á hablar muchas veces, pero otras tantas me ha detenido. No me parecía honrado llevar á un hombre al suplicio, y al mismo tiempo no podía consentir quedase impune un crimen tan inaudito. La Providencia me perdonará por el tiempo que he callado y por la delacion que acabo de hacer.

MARC. Todos conocen sus buenos sentimientos. (Salen del cuartel Valero y Felipe.)

VAL. Ya está encerrado.

FELIPE. Y en buen calabozo.

VAL. Hasta que venga á buscarle el tribunal. Señor Ignacio, no sabe usted el servicio que acaba de prestarme, así como á la sociedad; y es tal mi agradecimiento, que quiero demostrárselo, con la licencia de Felipe. (Alzando la voz y con entusiasmo.)

MARC. Madre mia!

IGNACIO y FELIPE. Oh!

VAL. La finca que responde de los cinco mil reales para José, puede muy bien responder de otros cinco mil para Felipe.

FELIPE. Eso no, jamás.

IGNACIO. No podemos consentir...

VAL. Proteccion al bueno y castigo al criminal.

FELIPE. Señor Valero...

VAL. Basta de réplicas, ya me conocen ustedes. Á los que saben vivir dignos y honrados al fin les protege Dios, y como digno y honrado es el pueblo español, espero que pronto la aurora de un nuevo dia alumbrará la dicha de la patria.

FELIPE. Como alumbra usted la nuestra.

MARC. El Señor se lo pague.

VAL. Y vosotros con un abrazo. (Se arrojan los dos en sus brazos

con grande emocion.)

FELIPE. Madre mia!

MARC. Vírgen del Pilar!

VAL. Qué hermoso es hacer bien! (Con satisfaccion y oprimiendo á los esposos contra su seno.)

IGNACIO. Dios se lo premie!

(Telon rápido.)

FIN DEL DRAMA.

NOTAS DEL AUTOR.

—Donde haya dificultad en queel niño hable, pueden suprimirse las breves palabras de su papel, saliendo á escena sin hablar.

—El autor suplica á los actores que desempeñen los papeles del Centinela, Cirilo y el Sr. Valero, acentúen cuanto les sea posible el tipo aragonés, usando el lenguaje de aquellos campesinos. Así como tambien ruega en el desempeño del D. Ruperto, tipo de malvado, el mayor cinismo y desvergüenza.

—En los teatros donde no sea fácil poner el baile de la cuarta escena del tercer acto, puede suprimirse, quedando el canto, como tambien puede suprimirse la malagueña donde no pueda cantarse.

—El Sr. Valero, Cirilo y Sr. Ignacio visten el calzon del país, Felipe pantalon.

El autor tiene un placer en consignar en estos renglones, su agradecimiento á los artistas que han tomado parte en la ejecucion de *El Sorteo*, por lo mucho que han contribuido al éxito de la obra, y en especial al Sr. Albalat, fotografiando de tal modo el tipo de alcalde aragonés, que ha alcanzado una ovacíon en cada escena.

JMENTO A LA ADICION DE 1.° DE SETIEMBRE DE 1874.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
ıs cínco	1	D. E. Jackson	Todo.
ue todo lo quiere	1	Leopoldo Vazquez	»
dinero baila el perro	1	Cárlos Frontaura	»
marido soltero	1	Antonio Zamora	»
ní qué	2	Eduardo J. Cortés	»
orazon de un perdido	2	Mariano Chacel	»
Manco de Lepanto	2	Enrique Zumel	»
bandos de Cataluña	2	Enrique Zumel	»
racuca	3	N. N.	»
ngel del hogar	3	Ángel Torrotoé	»
rbol sin raíces	3	Herraz y F. Bremon	»
astigo sin venganza	3	Emilio Álvarez	»
stómago	3	Enrique Gaspar	»
orteo	3	Luís Blanc	»
sposa del vengador	3	José Echegaray	»
Vírgen de la Lorena	3	Juan José Herranz	»
iedra de la masia	4	Federico Soler	»
neras de un sueño. (Mágia.)	4	Enrique Zumel	L. y M.
ZARZUELAS.			
elo de encaje	3	P. y Brañas y F. Cab.	L. y M.
naestro de Ocaña	3	Cárlos Frontaura	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.